



En este siglo escéptico, quizás el periodismo debería buscar esas historias que nos devuelvan la esperanza

En [El secreto de vivir](#) (*Mr. Deeds Goes to Town*, 1936), una de esas películas en las que **Frank Capra** volcó su esperanza en el ser humano, **Gary Cooper** es un joven cándido al que le basta una vida sencilla -toca la tuba, escribe poemitas que luego comercializa en postales-, pero el destino de ese hombre cambia por la descomunal fortuna recibida en una herencia.

Cuando Deeds, el protagonista, se plantea ayudar a los demás y distribuir una riqueza que él no necesita, los poderes y la sociedad lo catalogan como un tipo *peligroso*: la generosidad, temen, es un ejemplo *radical* para ese mundo de individualismo feroz que han levantado.

Una periodista cínica (**Jean Arthur**) ha seguido los pasos del millonario desde que llegó a la ciudad y se ha mofado de él en una serie de artículos, pero con el trato Louise "Babe" Bennett, esa reportera ganadora del *Pulitzer*, ha comprendido que la bondad no es, como creía, falta de inteligencia, sino un misterio que ella, que vive

de la escritura, no sabe describir con palabras. *"Es una persona pura, auténtica, a nosotros nos parece un bicho raro. Es muy bondadoso. ¿Sabes lo que significa eso?"*, le dice a otro personaje. *"Claro que no. Estamos muy ocupados haciéndonos los listillos. Muy ocupados con una competición para nada"*.

Recordé esa película -que puede verse en [Filmin](#)- en una proyección de [Un amigo extraordinario](#) (*A Beautiful Day in the Neighborhood*), que ha llegado ahora a la cartelera. En ella, otro periodista descreído, roto según su propia definición (**Matthew Rhys**), accede intrigado a [Fred Rogers](#) (**Tom Hanks**), presentador de un programa infantil y un verdadero héroe popular en Estados Unidos.

Rogers explica el mundo a los niños, les enseña cómo lidiar con sus sentimientos y con el dolor, cómo enfrentarse a la rabia y a las heridas. Es un humanista que cree en los otros: recuerda los nombres de las personas a las que ha tratado, al final del día reza por ellos. Y ese reportero que en un principio presupone que todo es una farsa y quiere arrebatarse la máscara a ese impostor, que desconfía de su inclinación a hacer el bien, irá entendiendo -como su colega en la otra película- que estamos demasiado ocupados haciéndonos los listillos, compitiendo para ser los mejores, y hemos olvidado el nombre de los otros, hemos olvidado la pureza.

Quizás, en estos tiempos de confrontación y sorna, en este siglo escéptico, el periodismo debería buscar -sin caer en sentimentalismos, con sobriedad- esas historias que nos devuelvan la esperanza.

Braulio Ortiz, en [diariodesevilla.es](#).